

La facilidad para decir chorradas

Crítica acompañada del discurso de Javier Marías en la RAE titulado *La dificultad de contar*

La primera objeción que cabe poner a este lamentable producto de la industria cultural concierne al título. Que el señor Marías tenga dificultades a la hora de contar no le autoriza a generalizar. Está comprobado que contar le es muy fácil a quien está dotado para ese arte y en posesión de una técnica para desarrollarlo. La facilidad que tuvieron escritores como Andersen, Robert Louis Stevenson, Honoré de Balzac, nuestros Pérez Galdós y Baroja, entre miles, es ejemplo recurrente en los libros sobre la materia. Con lo que nos vamos a encontrar, por tanto, al hilo de su propio discurso, es con la dificultad que experimenta cuando quiere contar Javier Marías, último pelotazo de García de la Concha a la Academia. Nada sorprendente, por lo demás. Los críticos del Círculo de Fuencarral, que han analizado hasta seis de las obras de éste, quizá, voluntarioso muchacho, han señalado –amén de sus peleas (siempre perdidas) con la sintaxis y el diccionario-- sus múltiples tropiezos con la expresión, que le han llevado, además de a ser el rey del anacoluto, a decir muchas veces lo contrario de lo que quiere decir o a no decir absolutamente nada.

El título, el tema, del discurso debería haber alertado al literariamente incompetente director de la Academia, Víctor García de la Concha, si no lo hubiese sido, y a quienes arrojaron al misacantano, los cabestros –así se autodenominan ellos-- Gregorio Salvador, Francisco Rico, Juan Luis Cebrián, Muñoz Molina, Luís María Ansón... Nada serio podía salir de un planteamiento tan inconsistente.

"La dificultad de contar". Es incomprensible que ninguno de ellos –a los mansos me refiero-- cayera en la cuenta, ante semejante proposición, ingenuidad, bobada, obviedad, memez, vaciedad, de que, en este mundo, para todo hay dificultades si, dentro del terreno que sea, se contempla comparativamente la excelencia. O extrema facilidad para los genios y hasta para los simplemente dotados. No recuerdo si era Lope de Vega o Zorrilla –se lo tendré que preguntar a Rico-- quien ni se agachaba para coger los papeles que se le caían y escribía otra –o la misma-- versión del texto extraviado. Aunque les hubiese dado lo mismo, están acostumbrados. Dos o tres de los más osados, con De la Concha a la cabeza, se han apropiado de la antiguamente denominada Docta Casa, y han hecho de ella su particular taberna de los miércoles y la oficina de sus negocios editoriales.

Todos los periódicos –los periodistas son casi tan analfabetos como los académicos--, al hacer la crónica del ingreso de Marías en la Academia, destacaron esta frase: <<Sólo la novela relata sin objeciones ni cortapisas>>, frase con la que el misacantano aparentemente se contradecía, aventurándose de paso a proclamarse, tácitamente, novelista, lo que no es. No ha escrito una sola auténtica novela, como en el CDNE se ha demostrado. A los críticos feroces, los únicos auténticos que por lo visto quedan en España, no les ha extrañado. Como no les había extrañado que un mente captada (mente captus) como Javier Marías, la haya pronunciado. Desde los primeros números de La Fiera Literaria, hace ya más de diez años, nuestros sabios incorruptos vienen señalando la proclividad de los escritores del

sistema, de los que Marías es sargento mayor, a hacer generalizaciones estúpidas y a escribir sin haber pensado antes, como hace el humanoide postdarwiniano. Leyendo esta enésima y prometedor chorrez mariasna, me acordaba de los pobres cosmólogos, que relatan la evolución del universo entre objeciones de sus esposas y cortapisas puestas por sus desnaturalizados hijos; de los corresponsales de guerra, intentando contar lo que ven entre zancadillas y ratoneras gigantes; de los médicos, redactando historiales entre humaredas de gas venenoso y expedientes disciplinarios; de los realizadores cinematográficos; de Homero, Tucídides, Ercilla, Toynbee, lamentándose; "Ay, ay, yo quiero ser novelista, para relatar sin objeciones ni cortapisas..." Una vez más, Marías se salía con la suya, que es demostrar que no puede haber otra más obnubilada mente que la suya, cuando se empeña. Estas dos llamadas de atención, las constituidas por el título del discurso y por la frase destacada por los medios, fueron las que me llevaron a buscar el histórico texto completo y acercarme a él como a un plato succulento.

Pág. 9.- Ya en la invocación, mete la pata dos veces –sendas veces, diría él--., al decir: "Excelentísimo señor Director, señoras y señores académicos", como si los demás académicos no fueran también excelentísimos y como si allí no hubiera otras personas.

Id.- Marías dijo no comprender por qué admiten novelistas en la Academia. Otra generalización. Es incomprensible que lo admitan a él, a Pérez Reverte, a Cebrián, a Muñoz Molina, etc. No lo hubiese sido que admitiesen a Castillo Puche, Álvaro Cunqueiro, Caballero Bonald, Juan Goytisolo, Juan Ignacio Ferreras, Carlos Rojas...

Id.- Pontifica Marías sobre el porqué de su incompreensión: <<Si la contemplamos desde un punto de vista adulto y mínimamente serio, nuestra labor [de los novelistas] es bastante pueril>>. En lo que hay que reconocer que lleva razón, porque qué puerilidad el Quijote, qué puerilidad el Lazarillo, qué puerilidades Crimen y castigo, Ana Karenina, La Regenta, La comedia humana, La educación sentimental, las novelas de Rousseau y de Voltaire, Heliópolis y Los acantilados de mármol, El gran Gastby, A la busca del tiempo perdido, Ulises, El revés de la trama, Cristo recrucificado o La última tentación, Por quién doblan las campanas, Cada hombre en su noche, El tiempo debe detenerse y Contrapunto, El hombre sin atributos... ¿En qué estarían pensando los grandullones que las escribieron? ¿Es que no tenían nada mejor que hacer?

Págs. 9-10.- <<Pero nuestra labor no solamente es pueril –sigue diciendo el iluminado--., sino absurda>>. Y continua con el discurso revelador: <<En el fondo está destinada al fracaso y además es casi imposible. Si ustedes me apuran, y me permiten la exageración, hasta me atrevería a decir que contar, narrar, relatar es imposible>>. Me pregunto: "Habría dicho el oxionense la misma colosal majadería si no le hubiesen apurado ni permitido la exageración?" Difícil saberlo, porque en seguida comprobamos que su cargamento de tonterías es inagotable.

(Advirtamos que ni la puerilidad ni el carácter absurdo del novelar, sobre los que el disertante se

va a despachar in extenso tiene nada que ver con la dificultad, que debería ser el tema del discurso).

Pág. 10.- Observa, oh lector que busca nuevos horizontes, hasta qué punto posee este muchacho las dos características propias de los "novelistas" del sistema: generalizar estúpidamente y hablar o escribir sin previamente haber pensado. <<Sobre todo [es imposible contar, narrar o relatar] si se trata de hechos ciertos, de cosas de verdad acaecidas>>. ¡Pero, hijito! ¿No no estabas –y amenazabas con seguir-- hablando de la novela, que es ficción, invención? ¿A qué viene ahora ponerte a hablar de hechos ciertos, de cosas de verdad acaecidas?

Comprenderá el lector curioso y ávido de saber que yo no puedo transcribir todos los párrafos del discurso que don Francisco Rico consideró genial. Busque por su cuenta lo que sigue –está en la red--, donde Marías se enreda en disquisiciones sin la menor apoyatura racional y según las cuales todo sería pueril e inútil en esta vida. No sin cierta dosis de originalidad, Marías se refiere a <<la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad">>.

10.-<<En el momento en que interviene la palabra (ignora que ya se han inventado las novelas sin palabras, los discursos sin palabras, los telegramas –baratísimos- sin palabras...), en el momento en que se aspira a que la palabra reproduzca (sic) lo acontecido lo que se está haciendo es suplantar y falsear esto último>>. Paréceme que estás diciendo, oh académico, que, para evitar tan funestas falsificaciones, en vez escribir, por ejemplo, "mesa", es mejor colocar una mesa entre las páginas. ¿Es así? Porque si lo que quieres decir es lo otro que se puede desprender de tu plática, no se trataría sólo de la novela, como parece dar a entender, sino también del cuento, la leyenda, el teatro, la poesía, el periodismo, la cosmología, la sociología, la filosofía, etc., etc.

Id.- Léase el segundo párrafo de esta página. Todo lo que es válido en una novela y producto del talento de su autor es para este sujeto falsificación. Pero entonces ¿de qué está hablando? Al parecer, de un mamotreto que no tuviera principio ni fin, ni puntos, ni comas, ni imágenes, ni metáforas, ni literariedad, ni alusiones, ni elusiones, ni valores ni nada: una amalgama de incoherencias o de copias del natural (a las que él llama "verdades"), parecidas, pero más largas, infinitas, a las cosas que él escribe.

Obsérvese que el gran Marías descubre que los principios y los finales (él escribe impropriamente "fin") de las novelas son ficticios y establecidos por el novelista, derecho que él le niega.

<<Al menor descuido, uno adjetiva>> De verdad que me quedo perplejo. El muchachito no sabe que, en la Casa del Libro, venden unos cascabeles para colgárselos de un ovalado. En cuanto uno va a poner un adjetivo, el cascabel se estremece, y suena .comunicando su fuerza centrífuga al ovalado, que llama la atención del presunto adjetivante para que no caiga en la tentación.

O sea, que el académico Marías considera que todo aquello que revela el talento novelístico, que todo lo que contribuye a crear ese segundo mundo que es la novela, que todo lo que es literatura, en una palabra, es lo que no se debe hacer y que si se hace es una estafa y da por resultado una falsificación, ¿de qué?

Págs. 10-11.- A este individuo, a quien le aplicaría unos adjetivos que tengo en mi panoplia –si no lo hago, es por respeto a las señoras-, le parece mal que la prosa novelística, la prosa estética, consista en una interpretación. <<De hecho, si bien se mira, la lengua misma no es más que un permanente tanteo (en su caso, tanteo y retracto) bien inútil...>>. Me temo que Marías lo que pretende es dejarnos callados a todos.

(¿Son conscientes los conchistas de a quien le han dado la palabra? ¿Sabe alguien de alguien que haya dicho más chorradas?)

Pág. 11.- Resumen de esta página: la dificultad de contar, narrar y relatar estriba en que, para hacerlo, se han de emplear elementos de literaturización, desde la metáfora al extrañamiento. El novelista que utiliza elementos literarios, según el orador, se está tomando a broma lo que hace. ¡Quién lo hubiese dicho de Dostoievski, de Balzac, de Zola, de Clarín, de Valle Inclán, de Julien Green, de Pavese, de Faulkner, de Günter Grass, etc.!

Pág. 12.- <<No sabemos hacer, por tanto, lo que hacía el hombre antiguo... si queremos entendernos, claro está, y no hablar con una terminología.>>. Pues te advierto, Marías, que las terminologías son muy atentas cuando se habla con ellas.

Id.- <<esa habla>>. Es ese habla, académico.

Id.- <<el verbo "dar" tiene una connotación "dadivosa">>. Se ve que va aprendiendo.

Antes de llegar a la página 15, donde hace el obligado elogio a Lázaro Carreter, cuyo sillón va a ocupar sin rubor, Marías no ha hecho más que hablar de idiomas y de traducciones, temas que tampoco, como el que abordó al principio, tienen nada que ver con el anunciado para el discurso.

Pero el elogio a Lázaro merece consideración aparte. Para hacerlo, recurrió a todos los tópicos que tienen a su disposición los poco o nada ocurrentes: Veamos:[Lázaro Carreter] nos hubiera hablado con mayor acierto y claridad, cuyo sillón tengo el honor de, fue brillante director, cuya renovación inició con no poca osadía, gran empeño, extremada habilidad y mayor éxito, fue sin duda uno de los más perspicaces y notables lingüistas, su labor no se ha olvidado, en número creciente, prestigio y pujanza, imposible sin su concurso, su brío y su visión de futuro, la dotó de medios, le quitó las telarañas, poner todos sus órganos a pleno rendimiento, la dotó de medios, el conjunto de la sociedad, le lavó la cara, da

gusto leerle, consiguió algo que parecía improbable, el grueso de la población, con gran lentitud, con excesivo tiento, palabras consagradas, anduvo al mismo paso, voces que aun no están cuajadas, producto de una moda, fructífera etapa, sus méritos no sólo se limitaron, su gran obra, no sería sensato, penetrantes e iluminadoras, extraordinaria labor, afortunados alumnos, clarísimos y siempre amenos, fuera como fuese, fuese como fuera, asuntos tan áridos, mordaces comentarios, marea imparable, dicho sea de paso, a todas luces, etc., etc., etc. No dijo nada, claro, de cómo Lázaro Carreter le birló de mala manera la dirección de la Academia. a don Manuel Alvar.

Pág. 18.- Concluido el obituario, el eligiendo continúa su discurso con el siguiente memorable párrafo: <<Muchos son los muertos que a lo largo de la historia han intentado relatar hechos, contar su vida o aquellos episodios...>>. ¿Muchos? Yo más bien creo que ninguno. Y no por nada, sino porque, podridos o amojamados, sin luz y en las estrechas dimensiones del ataúd, le hubiese resultado incómodo. ¿Será consciente este sujeto de las cosas que dice?

Id.- <<Muchos son los vivos que intentan hacerlo hoy todavía, y todos ellos, muertos y vivos, se han encontrado y se encuentran con una dificultad...>> Y así continua dando la lata sobre lo mismo. Si a alguien le interesa mi opinión, diré que yo apuesto por que tienen más dificultades los zombies. Y no porque tenga varios primos en ese estado.

Id.- Y vuelve a ensartar decenas de pamplinas, a propósito de que <<la sola transposición a palabras de unos acontecimientos está traicionando por fuerza esos acontecimientos>> (i-i). Pero ¿de dónde habrá sacado esto? Si las cosas fueran como dice, no es que habría dificultad para contar o narrar, es que sería para abolir todo intento de hacerlo. Cada uno narra lo que quiere, y que lo narrado no se ajuste a la realidad es cuestión moral, no narrativa. Sigue diciendo cosas raras, entre ellas: <<La narración no admite la simultaneidad>>. ¿Y qué, chiquitín? Recursos le sobran al arte narrativo, como al dramático y al épico –también al pictórico (te recomiendo el precioso libro de Etienne Gilson, Pintura y realidad, que habla también de literatura, precisamente al tratar el problema de la simultaneidad de la percepción-, para lograrla, como para no lograrla pero sí sacar partido estético de ello. Porque ten en cuenta que estás hablando, no de la realidad ni de su copia, sino de novela, esto es, de literatura, esto es, de arte, y el arte es fundamentalmente artificio.

Date cuenta, oh sobreestimado, que has planteado un tema y estás, desde el principio, hablando -confusamente- de otro. Y ambos aludidos desde un falso problema. Si te estás refiriendo, como lo has hecho en algunos párrafos, a que la narración de un hecho real resulta tergiversada o, siquiera, modificada por las palabras, una de dos, o te las ingenia, mediante hábil interrogatorio, para sacar la verdad, o te atienes a los resultados estéticos, que, tratándose de literatura, son los que importan. Pasaría igual en una cocina. ¡Qué más da que el cocinero haya "tergiversado" la receta echando pimentón de más o sal de menos? Lo que importa es el resultado.

Pág. 19.- <<Vemos la realidad como si, en vez de tener volumen, dimensiones y relieve, fuera siempre una pintura plana, y así estamos obligados a contarla>>. ¿Sabría decir el divagante por qué estamos obligados a eso? Vacuidad a la enésima potencia, tercio. Él sigue:) <<Tal cosa como un testimonio fidedigno resulta del todo imposible, y no sólo por nuestra situación subjetiva y limitada (sic), que de todo nos da un conocimiento incompleto, sino por el instrumento -la lengua- de que nos valemos>>..

No, Marías, no. Que tú estés absolutamente incapacitado para levantar una realidad novelística, con bulto, consistencia y expresividad delante del lector, como han demostrado los críticos del Círculo de Fuencarral, es un problema tuyo, no de otros y, mucho menos, por causa del "rebelde, mezquino idioma" a que con tanto acierto se refirió Gustavo Adolfo Bécquer. Tú estás absolutamente incapacitado para levantar un segundo mundo, que es la labor del novelista. Te declaro, por supuesto, inocente de sufrir esa tara, pero no absuelvo de falsificación a quienes han hecho de ti -¿con qué fin?-- un novelista y un académico. Si tu testa coronada no es esa niebla luperbórea que yo me temo, ¿entenderías que es una vaciedad cuanto afirmas, trasladando tu falso problema al arte pictórico de antes y de después de la invención de la perspectiva? Un verdadero novelista –tú no lo eres- supera todas las limitaciones del lenguaje a la hora de configurar una realidad otra, una realidad literaria. El problema que has querido – no lo has hecho hasta ahora- plantear en tu discurso es lo que suele llamarse una vaciedad birmana.

Id.- No estoy prestando mucha atención a los gañafones que el ingresado suele dar a la lengua, pero ésta me ha saltado a los ojos: <<...desde un solo punto de vista, y hasta cierto punto...>>.

Véase, en esta página, el ejemplo de la escultura... ¡Es que no tiene sentido! La verdad es que el discurseante, desde el principio, no hace más que dar vueltas a un falso problema sobre una realidad inexistente. El único problema está en la opacidad de su mente y en su incapacidad para expresarse. ¡La dificultad de contar no existe!

Id.- <<Tal cosa como un testimonio fidedigno no existe>>. ¿Por qué, criatura? Que vas a dejar a los jueces sumidos en la zozobra...

Id.- <<Una de las grandes y primeras dudas que asaltan a cualquier narrador –sea cronista, historiador o testigo; sea novelista incluso—es por dónde comenzar, o qué contar antes o qué luego>>. Completamente falso. He interrogado a cien narradores y ninguno ha reconocido tener esa duda. Una de las taras de Marías como aspirante a escritor es, junto a las generalizaciones improcedentes, la de hablar por hablar, sin haber pensado en lo que va a decir.

Págs. 19-20.- A continuación, batiendo su propio record de no decir nada con muchísimas palabras, intenta demostrar que es imposible contar que <<Estaba yo esperando el metro cuando ví que un hombre se acercaba a otro y lo increpaba...>>. Y es imposible, según él, porque otro hombre podría haber visto los antecedentes de la escena, por tanto, más; y otro haber oído algunas palabras... La narración

de estos dos sería distinta. Y así algunas variantes que a Marías, que sin duda ignora la teoría del punto de vista, le llevan a decretar la dificultad, cuando no la imposibilidad, de narrar. Léanse estas páginas si se quiere verificar la inanidad del discurso maríasnelo. Y es que Marías ignora lo que es una novela, no sabe distinguir la realidad de la crónica social de la realidad literaria.

Pág. 20.- Es necesario estar navegando en el vacío para dictar esta sentencia: <<es imposible contar nada acaecido, real, de manera absolutamente segura, veraz, objetiva, completa y definitiva>>. ¿Y qué, Marías? Aunque así fuera, ¿y qué? Lo que tiene que hacer el novelista es crear valores estético-literarios, no ser veraz, ni descriptor minucioso, ni nada de eso que tú le exiges.

Págs. 20-21.- Más ejemplos para decir lo mismo y con la misma falta de tino. Insisto: como se trata de un pseudoproblema, nada de lo que afirma tiene consistencia.

Pág. 21.- El ejemplo de esta página supera el absurdo. Véala el lector interesado.

Id.- <<Cuando contamos, raro es el caso en el que no contamos más –o menos- de lo que queremos contar>>. No es así, Marías, como no sea adrede.. Cada uno cuenta lo que quiere. Y además ¿qué tiene eso que ver con la expresión literaria?

(Parece mentira que, como se desprende de los datos que poseo, ni un solo componente del docto público que llenaba el docto salón de la Docta Casa, se diera cuenta de que estaba asistiendo a la exposición de una majadería, a través de muchas submajaderías. Debe de ser cosa del momento histórico, el momento de la industria cultural.)

Id.- Increíble lo que dice a continuación: <<Las palabras, de tan gastadas, van cargadas de significación>>. ¿Sería capaz de explicar lo que quiere decir?

Págs. 21-22.- Y continúa: <<...y las frases casi nunca son las justas, son imperfectas, son inexactas, son escurridizas e indomeñables>>. Pero ¿por qué? Me remito a lo que ya he dicho.

Pág. 22.- "La explicación" que sigue de porqué es imposible "ir al grano" produce sonrojo al lector.

Págs. 22 y ss.- Sigue poniendo ejemplos y enredándose cada vez más. Es penoso. Para que aprenda, y aprendan los académicos, sobre este tema, yo lo remitiría al ensayo El realismo y los realismos, por Andrés Bosch, en el libro El realismo y la novela actual, por Andrés Bosch y M. García Viñó, publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 1973; y a Teoría de la novela, por M. García Viñó, Ed. Anthropos, Barcelona, 2005.

Del ejemplo de un juicio de faltas, que no se puede relacionar con el supuesto tema, aun no tocado, del

discurso, pasa a fijarse en La vida y las opiniones del Caballero Tristram Shandy y en David Copperfield, lo cual ya es más grave, porque atenta contra el buen nombre de dos grandes escritores.

Pág. 27.- De una larguísima cita de la novela de Laurence Sterne, vuelve a sacar sofisticadamente conclusiones insostenibles: cualquier tipo de narración <<está destinado a quedar cojo, incompleto, a fracasar, a ser parciales, a ser incapaces de contar todo lo vivido o sucedido, y no sólo por la imposibilidad de "ponerse al día" (sic), sino también por la de averiguar la totalidad>>. ¿Por qué, Marías? Pero, sobre todo ¿y qué? Quien dice lo que este hombre parece querer decir ignora el verdadero fin de la expresión novelística, que no es el mismo que el del testimonio ante un juzgado, un atestado o el acta de una junta de vecinos. Pero hay más: quien roza siquiera el tema del realismo totalizador y no se refiere a los ensayos de Roland Barthes sobre el nouveau roman, o del propio Alain Robbe-Grillet –por no hablar de los de varios autores españoles sobre el realismo total-- es que ni siquiera está bien informado sobre el asunto que (intenta malamente) tratar. De hecho, está diciendo, sin querer, que ni una sola de las novelas que se han escrito en este mundo vale para nada. Por mi parte, aun abrigo la esperanza de que, al menos las de Javier Marías, sí.

Págs. 27 y ss.- Y no valen para nada porque los novelistas no tienen buena memoria; porque no pueden o no saben "ponerse al día", porque dependen de informaciones ajenas (o sea que ningún novelista ¿será posible? lo sabe TODO por sí mismo); porque [por el contrario] ignoran algunas cosas; porque a veces son engañados; porque a veces algún ladino le hace creer algo falso; porque no descubre algún secreto; porque alguna mano ajena, sibilinamente, lo impulsa o lo persuade sin que él se dé cuenta; porque a veces actúa contra sus propios intereses; porque siempre será susceptible de ser corregido, enmendado, aumentado o desmentido (sic, sic, sic... En la sede de la Real Academia de la Lengua...); porque siempre están expuestos (sic) a que aparezcan nuevas informaciones; porque están expuestos (sic) a que se les pueda añadir o rectificar algo; <<es más [están expuestos] a que le echen por tierra su trabajo de cabo a rabo>>..

Pág. 28.- Por alguna razón o sinrazón, salta de la novela a la biografía. Ello le sirve para hilvanar otra clase de tonterías. ¿Qué tendrá que ver con el valor de una obra biográfica que, años después de su publicación, aparezca un documento que modifique la interpretación de algún suceso? Para Marías, eso constituye lo que yo llamaría una tragedia invalidante. ¿Es que un biógrafo debe esperar hasta el big crunch para realizar su obra?

Pág. 29.- En pleno delirio de estultez carpetovetónica, Marías propone que, para estar seguros, toquemos un árbol cuando pronunciamos la palabra "árbol". Y a una mujer –¿tocamientos, Marías?- cuando la palabra "mujer".

Id.- Para dejar al lector lo que se dice por los suelos, le propone que intente hacerlo en un país cuyo idioma desconozca absolutamente.

Pág. 30.- Aquí nos comunica uno de sus grandes descubrimientos: <<Para lo que nos sirve en el fondo cada vocablo es para referirnos a las cosas sin necesidad de tener las cosas delante>>.

Id.- Y le parece misterioso que todos los hispanohablantes piensen en el mismo objeto cuando pronuncian la palabra "árbol".

Pág. 31.- Sin embargo, y pese a mis malas intenciones de desacreditar a uno de los prohombres de la España actual, no puedo dejar de reconocer que, de vez en cuando, emerge el Marías científico y escribe cosas como ésta: <<Como nuestro pensamiento está en gran medida adscrito a la lengua..., resulta que pensar es hablar consigo mismo y, consecuentemente, malentenderse a sí mismo y correr gran riesgo de hacerse un puro lío>>. No dejo de advertir lo que esta afirmación tiene de autobiográfico. (Los puntos suspensivos son suyos).

Id.- <<Vistas así las cosas, y vistas las dificultades de toda índole, no sería descabellado decir que contar cabalmente lo ocurrido –eso a lo que el hombre aspira desde hace siglos, y por lo que se esfuerza, y que de hecho cree lograr a veces-- es del todo imposible>>. Pues sí, oh impotente, es descabellado. Como es descabellado que tú te dediques a hablar de lo que nada sabes o a escribir novelas, que, por lo demás, nunca has escrito ninguna. Dime una cosa: ¿tú te has puesto el termómetro?

Id.- Ahora resucita, sin decir que cita, aquella boutade de Josep Plá de que leer novelas después de los cuarenta años es cosa de tontos. Leer las volenas de Marías, Pérez Reverte, Muñoz Molina, Rosa Regás, Juan José Millás, Cebrián, Rosa Montero, Almudena Grandes, Maruja Torres, etc. sí es una pérdida de tiempo. A cualquier edad. Pero decir eso con referencia a las grandes obras de los siglos XIX y XX descalifica al descalificador. Recuérdese que la concepción del hombre, del mundo y de la historia, es decir, el pensamiento filosófico de la posguerra de la Segunda Guerra mundial se fraguó en novelas y obras teatrales.

Id.- A continuación, pretende descalificar la novela porque trata de sucesos que no han ocurrido, y trae en su apoyo a Cioran, aunque sin señalar dónde dijo lo que él dice que dijo. He hablado con Cioran del tema, en presencia de Cirilo Popovici, Ionesco y Vintila Horia, y le he oído decir que la novela La hora 25, de su compatriota Contastin Virgil Georghiu, hacía comprender mejor lo que fue la Segunda Guerra que cualquier libro de historia. En aquella conversación, salieron también a relucir algunas novelas de Eric María Remarque y Perseguid a Boecio y Marta o la segunda guerra, de Horia, las dos sobre el conflicto.

Pág. 32.- Sigue esparciendo vaciedades sobre lo mismo. <<¿Qué sentido tiene leer lo imaginado, lo solamente inventado (sic) lo inexistente (sic), lo ficticio, las figuraciones, lo que no ha tenido lugar, lo que no debe quedar registrado?>> (Observe el lector que Marías, como en sus niveles, cada cosa

que dice la dice de ocho o diez formas distintas y cada vez peor). Podemos responderle con lo dicho en el punto anterior y recordarle aquello, dorsiano, de la anécdota elevada a categoría.

Id.- Reflexiona Marías y se supera: <<Son tantas y tantas las personas de cuyo paso por el mundo no queda rastro ni la menor noticia que ¿qué sentido tiene conocer, recordar y conservar, en cambio, historias no acontecidas y personajes que jamás han pisado la tierra>>. Parece que intenta decir que, antes que leer La montaña mágica o Heliópolis, es mejor buscar datos sobre Estanislao Marías, modesto electricista del siglo XVI. Siento que no voy a poder evitar salirme de mis casillas. Primero: me niego a comentar lo transcrito. Segundo: sentencio que quien escribe eso es tonto del absoluto culo.

(Recuerde el lector que eso se decía en el salón de actos de la Real Academia y en presencia de personas que se supone que saben leer).

Id.- Añade a lo anterior: <<¿Qué sentido tiene saber de Cervantes y don Quijote?>>.

Yo no soy un exaltado, lo juro. Pero este discurso es una imbecilidad escrita, lógicamente, por un imbécil. Aunque, honradamente, debo reconocer que ha parecido genial a don Francisco Rico, a don Víctor García de la Concha, a don Gregorio Salvador, a los demás miembros de la docta corporación, a los críticos literarios, a los profesores de literatura y al personal de redacción del diario El País. Tal vez sea el momento de decir que el mundo literario español vive inmerso en la mentira absoluta, en la mierda global.

Id.- Una de las mayores desgracias que dice Marías que ocurre, en relación con todo esto del contar y el narrar, es que hay tipos –desaprensivos sin duda- <<que reconocen una estatua o una ilustración de don Quijote o de Sherlock Holmes y a la vez desconocen lo que le ha sucedido a un vecino o a un hermano>>. Chorradas aparte, ni siquiera sabe el pobre que hace líneas que dejó de hablar de lo que estaba hablando, que tampoco tenía nada que ver con el tema del "discurso". Yo lo dijo el clásico: Testa propinque in albis, turpitude gilipuertem adveniens.

Id.- También ha descubierto Marías -¡es un lince!- que hay tipos <<que ignoran lo que ocurrió en su propio país antes de su nacimiento, como suele ser la costumbre hoy en día>>.

Págs. 32-33.- Algo que no me esperaba yo del bueno de Marías: llama a nuestros dignos gobernantes, sobre todo a la ministra de educación, <<desastrosas autoridades>>, por no enseñar Historia a los recién nacidos.

Pág. 33.- Se ve que a Marías, este tema, le atormenta. <<¿Por qué estamos familiarizados con seres que no han existido, en mucha mayor medida que con los que sí cruzaron el mundo y pudieron dejar su

huella?>> Te pasará eso a ti, capullo. Yo, por ponerte un ejemplo cercano, nada sé de Thérèse Desqueiroux, ni de Raskolnikof, ni de Gregorio Samsa, ni de Julián Sorel, ni de Frederic Moreau, ni de Fortunata, ni de Pepita Jiménez, pero me interesé vivamente desde niño y me las sé todas acerca de los miembros de la familia Espantaleón, que vivió en el siglo XVII y, ciertamente, no cruzaron el mundo, pues permanecieron en Cebolla (Toledo), hasta su muerte.

Id.- Es extraño, sí, Marías, que de los personajes que no son literarios, sino reales, sólo nos interese por <<aquellos que, además de su existencia real y documentada (¡con cuanta torpeza escribe!), han gozado de otra, literaria e imaginativa>> (¿?????). Sí, Marías, te doy la razón. Con lo bonito que es aburrirse con las hazañas de los don-nadies!

Id. Ahora pone el ejemplo del Cid y se enreda de tal forma, que puedo afirmar que lo anterior es una sopa de letras comparado con este potaje.

Marías no sabe qué quiere decir "imaginativo" ni "ficticio".

Id. Protesta ante la injusticia, cometida por Shakespeare, de convertir en personajes de sus tragedias a unos reyes de Inglaterra y a otros no. Sin duda, un caso de corrupción justamente denunciado por Marías.

(Léase hasta el fin de la página... Exponiendo vaciedades huecas, nuestro malogrado bate todos los records. Están ustedes aviados, señor Concha, señor Rico y la compañía. Presiento que algún día serán ustedes personajes de una comedia bufa).

Págs. 33-34.- Pero ¿cómo no se ha dado cuenta nadie de que esto, cuando no es una vaciedad, es una obviedad y, cuando tampoco, una tontería? Dice el incapaz que <<sabríamos mucho menos de Lope de Aguirre, si no contásemos con las novelas de Southey, Sender, Baroja y otros diez o doce más>>. Caería agotado, después de escribir esto, sin pensar que, una vez más, se contradecía..

Pág. 34.- Saltándose el protocolo, hace el elogio –también—de su <<colega de Academia>> (sic) Arturo Pérez Reverte. Y lo hace para afirmar algo que hasta ahora ha venido negando.

Pág. 35:- Según escribe Marías, su padre ocupó un sillón en la Academia, camuflado bajo el nombre de Juan Deza. Es evidente que quería decir otra cosa, pero dice eso.

Id.- De su progenitor, también afirma: <<... tal vez [...] lo que más quede de él no sea él>>.

Págs. 36-37.- Marías sigue queriendo hacer un misterio –lo viene haciendo, una página sí y otra no, desde casi el principio-- del hecho de que existan las ficciones novelescas y de que el ser humano

guste de consumirlas. Tal vez si hubiese leído Los orígenes la novela, de Menéndez Pelayo, y otros tratados sobre el tema, se hubiese enterado de algo sobre la necesidad de fabulación que tiene el ser humano. En cuanto a la "utilidad" de la novela, aunque a mí, personalmente, me interese más la novela-novela, es decir, la que no intenta comunicar más que valores estéticos, comprendo y admito la enorme importancia de la escrita como ilustración de la historia, la cual, como ha escrito, en más de una ocasión, Antonio García Trevijano, supera, en posibilidad de interpretación de lo ocurrido, a los libros de historia.

Pág. 37.- Dice no entender por qué se prefiere conocer lo que no ha ocurrido. Sin duda no pensó que, de ser de otro modo, no sólo no existiría la novela, sino tampoco la poesía épica, ni la dramática, ni el cine... Aparte de que no es precisamente esa curiosidad la que mueve al lector fundamentalmente.

Aun cuando no fueran tan vacuas, tan ridículas, las divagaciones de Marías, resultarían por completo desdeñables, ya que él ni de refilón intenta dotar sus afirmaciones de un siquiera leve tinte científico o meramente lógico. Marías no hace teoría de la novela, ni ciencia de la literatura. Divaga caprichosamente sobre sus poco ocurrentes ocurrencias, entre obviedades, como he dicho, y gratuitas afirmaciones y negaciones.

Id.- Que el lector de novelas se identifique con los personajes y sus sentimientos es para el docto <<tan pueril, tan anómalo, tan alucinatorio (sic, sic) que, a la luz de lo que ha venido exponiendo [en un continuo sí pero no, digo yo], me voy a permitir...>>. Y lo que se permite es contradecirse una vez más.

Id.- <<Pese a esa puerilidad del novelista con la que inicié esta disertación; es más, pese a su ingenuidad radical y su exceso de credulidad; pese a lo absurdo de su labor, a sus trampantojos y sus ilusiones, sus entelequias y sus pompas de jabón...>> ¿Qué se puede decir de esta memez, además de que está pobre y malamente escrita, y de que su autor desconoce el significado de algunas de las palabras que usa? Medio descifrado el texto, se comprende que a lo que se quiere referir es a la puerilidad de la labor del novelista, no del novelista. Tanto esto, como otras cosas que dice, lo hemos rebatido con anterioridad.

Id.- No se entiende hacia dónde va, con las siguientes gratuitas afirmaciones, que nada de lo que ha dicho anteriormente le autoriza a formular:: <<El novelista que inventa es el único facultado para contar cabalmente (...). Los esforzados (sic) de la narración (cronistas, biógrafos, historiadores, etc.) están abocados a fracasar...>> Sin establecer el menor nexo, por lo que nos quedamos sin saber si lo que sigue es causa o efecto de lo anterior, continúa: <<Necesitamos saber algo enteramente de vez en cuando, para fijarlo en la memoria sin peligro de rectificación>> ¡Rectificar es un peligro! Por lo demás, sobre esa necesidad, ¿le habrá hablado un psicólogo? ¿El médico de familia? <<Necesitamos que algo pueda contarse a veces de cabo a rabo e irreversiblemente, sin limitaciones ni zonas de sombra o sólo

con aquéllas que el creador decida que formen parte de su historia. Sin posibles correcciones ni añadidos ni supresiones, ni desmentidos ni enmiendas>>. Seguro que Marías no sabría decir qué es "contar irreversiblemente". Ni explicar las demás regatomaquias del párrafo.

Pág. 38.- Y, después de pasarse todo el discurso diciendo que contar es imposible, afirma: <<Y lo cierto es que sólo podemos contar así, cabalmente y con sus incontrovertibles principio y fin, lo que nunca ha sucedido. Lo que no ha tenido lugar ni ha existido, lo inventado e imaginado, lo que no depende de ninguna verdad exterior (¿?, interrogación mía). Sólo a eso no puede agregársele ni restársele nada, sólo eso no es provisional ni parcial, sino completo y definitivo>> (¿? Id.).

Pág. 39.- << Y tal vez sea por eso, ahora que lo pienso, señoras y señores académicos...>> Nueva vez, ineducadamente, deja fuera de su invocación a los componentes no académicos del auditorio. ¡Qué horror!

Id.- Digna coronación de tan obtusa chorrez, Marías termina afirmando aquello que comenté al principio sobre que el novelista es el único <<que puede contar sin atenerse a nada y sin objeciones (¿de quién, Marías?) ni cortapisas>>.

Lo que el nuevo inmortal quería demostrar, o siquiera mostrar, no lo demuestra ni lo muestra. Siendo una vaciedad, siendo algo absurdo, inconsistente, gratuito, hueco, podía haberlo ensartado en un pseudorazonamiento ingenioso. Para ello habría tenido que estar dotado de ingenio. Y no es el caso.

Isidoro Merino